

Tierra y Libertad

Barcelona, 14 de noviembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 39 • 15 CÉNTIMOS

La política obrerista y nosotros

Es asaz lamentable, el confusiónismo fomentado entre los fillos de la clase trabajadora por los nuevos santones del comunismo de Estado que, bajo la influencia de un salario, son manejados por la jamás igualada dictadura del pseudoproletariado de Moscú.

La clase trabajadora casi en su totalidad, careciendo hasta de los más rudimentarios elementos de cultura, incapaz por tal motivo de un examen detenido de las ideas y los hechos, se deja arrastrar fácilmente, impresionada en sus sentimientos por cualquier aventurero que en actitud espectacular y tonos alisonantes trate de manera problemática los sufrimientos y vejámenes de que es objeto por parte de la burguesía.

Esta forma de propaganda, además de no interpretar fielmente las aspiraciones de las masas, careciendo por completo de método analítico y fundamental, como conviene a toda clase de enseñanza, lejos de enseñar nada nuevo que no sepa hasta el más indiferente de los hombres, comete el imperdonable error de desahuciar mal de entretenerlas, apartándolas de la verdadera ruta a seguir para emanciparse de todo yugo, tanto político como económico, aunque este yugo lo represente la nueva dictadura pseudoproletaria, convirtiéndolas a su vez en falanges de fanáticos, al igual que en todo tiempo han hecho las sectas políticas y religiosas.

Las experiencias recibidas en todo tiempo por la clase trabajadora, debían de basar por sí solas para desengañarse que todo partido político sin excepción, no lo han cumplido para otra cosa que para encumbrarse a su costa, valiéndose, para captarse sus simpatías, de las palabras más dulces y melosas, de toda clase de halagos formulados con la más cínica hipocresía, ofreciéndoles toda clase de garantías, hasta que, una vez en el poder, en vez de cumplir con lo que tenían prometido, les han explotado, ultrajado y ametrallado tantas veces como los trabajadores han formulado una protesta por la opresión e indignidad en que en todo tiempo les tuvieron.

Si esto es así, como todo trabajador debe saber perfectamente, ¿a qué milagro se debe que el partido comunista ha de ser mejor

que los demás partidos políticos, usando el mismo procedimiento que los otros?

La clase trabajadora se debe desengañar una vez más que de los partidos políticos, lejos de esperar mejoras en algún orden de la vida constituyen el mayor obstáculo a su emancipación, no sirviendo de otra cosa que de rémora al progreso y a todo avance en sentido progresivo que los trabajadores en su tendencia instintiva haría la libertad tratan de llevar a cabo.

La cuestión económica, alrededor de la cual giran todas las actividades humanas, ya que no es posible la existencia de ningún poder político, si no se encuentra fundamentado sobre aquella base, es la primera a solucionar por la clase laboriosa.

El poder económico lo representa la clase capitalista, único enemigo por excelencia de la clase trabajadora. Por lo tanto, el objetivo inmediato a perseguir es atenuar en lo posible este poder que sobre ella pesa como losa de plomo, hasta reducirlo a escombros, y una vez salvado este poderoso obstáculo, les será posible desarrollar otras actividades de un orden más elevado que les permita salir del estado rudimentario en el que desde siglos ha se halla sumergida.

Si la clase capitalista con todos sus partidos políticos representativos es enemiga irreconciliable de la clase trabajadora, fácilmente se puede concebir que el deber de ésta no es otro que el de constituirse en una fuerte organización que a la vez que la sirva de escuela teórico-práctica en la lucha cotidiana, la capacite para el establecimiento de una sociedad más equitativa y humana, inspirada en el más elevado concepto de justicia integral.

Y esto efectivamente jamás se puede esperar de ningún partido político, por radical que éste se nos pueda presentar, porque tales principios entrañan una naturaleza completamente opuesta, como se desprende de lo dicho, a la de todos los partidos políticos habidos y por haber.

Desprendámonos, pues, todos los trabajadores de todo contacto político y fortalezcámonos en sus filas todas las organizaciones políticas que tengan como lema la destrucción del nunca suficientemente maldito sistema capitalista.

J. LAYIN

LA ALEGRÍA DE MOLESTAR

ENFERMEDAD DEL SIGLO

La duda literaria tiene muchos matices. Cada uno de ellos ha representado su papel, tal vez pregonero y declamatorio en exceso, aunque al margen de las dudas incógnitas que dramatizan la vida del mundo privado.

Más que las otras dudas registradas en libros como se registran los sellos en carapachos de coleccionista, reducidas a valor de epítome y de tabla, a común denominador de escuela o secta, las dudas íntimas y privadas representan potencias íntimas de mejoramiento.

El que halla la duda específica y diferenciada, sin contagio, imitación o moda, sin penachos aduladores ni séquito, duda un poco más amargamente, pero aprende a situarse en un camino limpio y puro.

¿Se trata de la duda metódica? Es muy posible, siempre que el método sea personal y dinámico y rebuya la convicción forzada tanto como la disconformidad de reglamento.

Requiere más esfuerzo cerebral y cordial la voluntad de buscarse, que la pretensión de haberse encontrado. De ahí que muchos hombres positivamente idiotas, veagan a practicar el espionaje, creyéndose dispensados de ser centinelas de sí mismos. Tienen la seguridad absoluta al despreciar, al mentir, al faltar, al no hacerse ni estudiar, al vivir concando en cualquier posición. No dudan jamás. Parecen cirujos que sólo sirven para alumbrar y producir humo.

La enfermedad del siglo pasado era literaria y de patrón. Se manifestaba con caracteres inusitados en la novela y el teatro. Era moda dudar de la mujer. Sin posición ni conocimiento se extendían papeletas de infidelidad y se premeditaban hasta el extremo de provocar conflictos y justificar el apartamiento temido al parecer y deseado. Había que dudar a todo trance. No importaba el hecho de ser gaitán dudoso, agachado de reuma articular, indeseable, gobernado... La cuestión era atormentar al prójimo con dudas terribles, hermosas y espantadas.

Se acreditó el hanto. Las manolatas, el suicidio y el renacimiento eran pautas obligadas. Realmente se trataba de una enfermedad de coquetería. Había galanes, jóvenes y viejos, que se malaban estudiando pacientemente la postura guardada y pensando en asistir al propio funeral. ¿Por qué será el hombre el único animal incapaz de morir sencillamente? Los loros que comen perejil mueren sin componer ninguna postura y sin reducir a comedia el hecho de la muerte. Tampoco se anuncian en «La Vanguardia».

Aquellas dudas furiosas mal catalogadas por el romanticismo primario y la incapacidad de duda íntima en ciertos sujetos de temperamento bilioso, bien pueden despreciarse en tanto como expresiones de vanidad y de voluntaria roña cerebral. Pero confesemos que siguen siendo enfermedades del siglo. La carencia de duda y el exceso de mala intención en el bilioso, persisten. En cambio, la duda sentimental ha cambiado de rumbo. Se dudaba antes en medio de la desesperación y de la muerte. Se duda hoy para hacer cálculos de posibilidades, seguros de vida, jugadas de bolsa, partidos políticos, sociedades en comanda y cuentos.

¿Quiere esto decir que se ha materializado la duda, que se ha reducido a provechoso desentono como las letras de cambio? No. Tan irracional era la duda de los románticos como la de los traficantes y corrosivos que cuentan con ella para traicionar en chorros de oro o de lentería. Tan irracional era la duda sentimental como lo es la desconfianza bancaria y fiscal de los Cantones de cemento armado. La diferencia está en que los románticos se malaban para fastidiar a la *ingrata*, al vecino o al rival y ahora se ha descubierto que viviendo se puede ser más fastidioso.

La alegría de molestar, es una de las enfermedades más copiosas y extendidas del siglo. El snobista de trampa, el vecino sin uso, el comisionista, el agente de seguros, la familia que tiene un gramófono, los autores de novelas, los carabineros y aduñeros de la Anarquía, los profesores y convertidos al comunismo, los fiscales, los que van en auto y nos atropellan por la calle, resultando luego que nosotros intentáramos atropellar al auto, los que van en un concierto tarde, los profetas, los que predicán el porvenir, los barberos, los poetas, los vendedores de lotería..., todos se concluran para molestar y como hay que vivir cada día más amontonados, la molestia crece tanto como la alegría de los que la producen y la desesperación del infeliz ciudadano crucificado a todas horas por una gavilla de redentores, consejeros, tutores y procuradores encargados de la misión tan alegre para ellos de molestar. Nos cuentan sus conversaciones, sus informes sobre esto o aquello, sus descubrimientos de que la mano cerrada se llama puño, y otras cosas por el estilo.

M. CIRO

Doctrina y Revolución

Todos los valores políticos, económicos y morales son mutables por que sufren la influencia determinante del materialismo histórico. El anarquismo forma un cuerpo doctrinario que, por su base racional resulta indestructible e inalterable al tiempo.

Desde que doctrinariamente en el siglo pasado se afirmó como la forma viable de regeneración social, no ha variado en esencia, porque queda expresado altamente como valor intrínseco. Si la doctrina del anarquismo se caracteriza por su valor positivo, positivamente se afirma como el ideal humano que concretamente resuelve el problema de la Humanidad.

Ahora que, el que crea vanamente que sin el hecho revolucionario que altera sensiblemente las instituciones sociales y que, por la simple coherencia, se producirá el fenómeno de la revolución, no tiene el objetivo de un verdadero revolucionario. Cuando una revolución entra en vías de afirmarse, todo esfuerzo deliberadamente ha de estar subordinado al objetivo inmediato, que no es otro que la necesidad de vencer, anulado, todas las fuerzas enemigas. Ésta ha de ser exclusivamente nuestra mira y el sentido lógico que debe perdurar en toda revolución que adquiere el aspecto trascendental de la que preconizamos los anarquistas.

Si consideramos que todo movimiento revolucionario ha de ser específicamente anarquista por escrito doctrinario, evidentemente que nuestra eficacia en el plano revolucionario disminuiría sensiblemente y las fuerzas de inteligencia contrarrevolucionaria anularían nuestro prestigio, alejándonos en el fracaso.

En buena lógica, en un estado prepotente en que es evidente la fuerza material, nuestras ideas no tendrán efectividad real porque en la vida práctica todo está en relación con la fuerza material, que es la que nos puede hacer triunfar. El problema se nos plantea en un orden arbitrario, porque arbitrario es el orden material, y aunque a nosotros nos preside un ideal humano, indudablemente que si queremos hacer efectiva la revolución ésta seguirá un orden arbitrario en todo alentatorio a la integridad de los valores sociales que, más, indiferentes a nuestro movimiento, se adaptarán indiferentes y otras que sistemáticamente opondrán al avance progresivo del movimiento triunfante toda la fuerza que puedan desplazar. Aparentemente existe cierta contradicción momentánea en lo que expresa el ideal anarquista y lo que será, de hecho trágicamente considerado, un movimiento revolucionario, ya que éste, por su fuerza material, desdiseña notablemente de la concepción ideal. Los medios que los revolucionarios anarquistas emplearán no pueden diferenciarse en manera alguna de los que emplearía una fuerza revolucionaria política, con la diferencia en nuestro favor que aun y siendo más trascendental podemos valerlos de la fuerza en el hecho circunstancialmente, y en manera alguna sistematizar un estado permanente de ésta, que haga de la revolución una corriente de antiplata general, contrapuesta al verdadero espíritu de equidad que debe informar a toda revolución conscientemente concebida.

Toda violencia en el hecho revolucionario es, indudablemente, necesaria, ya que es el hecho de una minoría militante que obliga por ley de adaptación a una mayoría apática ha adaptarse al nuevo estado de cosas, pues esta mayoría, siempre indiferente, se insensibiliza, dejando que el curso inconcebible revolucionario determine la manera de modelar la nueva situación. Las condiciones sociales de vida, dada la evidente desigualdad existente, crean una atmósfera en un todo favorable al hecho revolucionario que fecunda un ambiente propicio a toda revolución sanamente concebida que, reflejada en el espíritu popular, éste ve con simpatía el derrumbamiento de todo lo establecido. Nada más fácil y laborioso que ordenar una revolución que nace del mismo seno de las masas trabajadoras que, intuitivamente, rechazan la vida de la sociedad ya que fatalmente entienda determinante del desamparismo social. La revolución no significa un hecho aislado, no puede serlo, pues ésta tiene a la expropiación colectiva de los medios de producción y distribución y la solución está en que éstos estén en posición común ya que indefectiblemente pertenecen por derecho propio a los productores indistintamente. Si por sentimentalismo inexplicable en el medio anarquista no afirmamos nuestro criterio libertario de hombres que libremente aspiramos ha vivir una vida amplia, seremos absorbidos fatalmente por el medio ramificado de esta sociedad individualista que desarrolla ampliamente la injustificada violencia de los privilegiados del patrimonio universal. Toda la defensa de la sociedad capitalista está cimentada sobre la base de la fuerza que inevitablemente engendra una insustentable violencia que sólo con la violencia se puede contrarrestar. Sólo puede ofender la actual situación a quien en ello esté interesado, ya que, lógicamente, no es concebible que, quien sostenga un sentido racional de las cosas la defienda.

Podrá justificarse, mas no defenderla ya que no tiene una base lógica de existencia. Todos los actos que realiza el pueblo como legítima defensa, son justificados y no cabe atribuirle actos de violencia que

no estén en su propósito realizar, pues su posición es defensiva y sólo repete los actos arbitrarios de las clases dominantes por no tener aún el valor decisivo de declararse en franca rebelión.

El día que este pueblo, que dormita en medio de la mayor indiferencia, se dé cuenta de lo que representa y vale, renunciará en él la confianza en sí mismo y evidenciará que no hay mayor poder que el que nace del pueblo mismo. Si es evidente la mutabilidad de los valores sociales es irrefutable la necesidad de una impetuosa revolución cuyo germin vivificador sea el concepto doctrinario del anarquismo que, intangible e inalterable, sienta las bases morales de una nueva sociedad basada en la mutua correspondencia y en la reciprocidad de intereses. Efectivamente, demorar por más tiempo toda determinación revolucionaria, es contraproducente y engendra la grave responsabilidad de la existencia capitalista que, implacable, hostil e inexorablemente, es la más pura y refinada de las ignominias. Si por la doctrina anarquista hemos llegado a la conclusión ideal de una sociedad más justa y en armonía directa con los intereses sociales, hemos de convenir implícitamente que ésta será posible interín existan los determinismos económicos, ya que son la expresión de la fuerza material que sólo es alterable en virtud de una revolución eminentemente social. Si la fuerza de los determinismos es superior al individuo, éste fatalmente, se someterá por la fuerza determinativa.

Las consideraciones sociales de los anarquistas, hijas de la experiencia, tienen un fondo racional que, por lógica de los hechos, viene a confirmar que, toda idea racional es susceptible de materializarse si se encuentra con la fuerza suficiente que, en último extremo es lo que tendrá que actuar. Si, frente a la realidad palpable, la mutabilidad de un movimiento revolucionario es inminente el concepto doctrinario de la idea, ha de afirmarse en el espíritu de una revolución cuya movilidad imposibilita toda acción contrarrevolucionaria de las fuerzas enemigas.

Lo esencial a la vida del pueblo productor es el hecho de una solución que le eleve a la categoría de hombre y no esté relegado a la infima condición de cosa.

Yo antepongo al concepto doctrinario, para mí muy respetable y necesario, el interés de una revolución que haga salir de la abyección a este pueblo que se vejeta en medio de la ignorancia y de la pobreza, cuya magnitud deseara un mundo de ignorancia por todos conceptos vilipendable. Por encima de toda consideración es imprescindible el hecho de la violencia revolucionaria para la conveniencia utilitaria de la sociedad futura.

AMORANTA

Sobre la propaganda

En vuestras en la lucha permanente por sus reivindicaciones económicas, las organizaciones obreras se han preocupado muy poco de la educación, de la propaganda y de los problemas morales en general.

Oplánanos que, sin descuidar la acción legítima del proletariado por su mejoramiento material, se podría haber hecho mucho más en el dominio de la propaganda.

Recordamos que, diariamente los estudiantes gastan respetables cantidades en la organización de mítines y conferencias, con sus respectivos oradores que desplaza por todas partes.

Semanas hubo que los oradores y oradoras surgieron espontáneamente por doquier como las setas y se multiplicaron de una manera prodigiosa ante nuestra vista asombrada que no había previsto semejante reproducción.

Aunque seamos un tanto severos, nos vemos obligados a declarar que, a pesar de que nuestras ideas se hayan vulgarizado en algo por otro lado han sido bastante descreditadas por los que en posesión sólo de conocimientos muy superficiales y rudimentarios han querido conquistar el título pomposo de oradores.

El Comité Regional, ignoramos por qué, tuvo el acierto de suspender todos los actos en la región, terminando con aquel oleaje de palabrería. El comunicado lo acogimos con la consiguiente satisfacción y regocijo, y no es que seamos enemigos de la propaganda verbal. Los actos locales; las horas de propaganda, bien organizadas y con camaradas competentes, las repuntadas de mucha utilidad; pero preferimos, en lugar de un discurso, forzado, incoherente y muchas veces aparatoso y falso, la lectura de una conferencia de Gori y Faure o trozos seleccionados de Mella, Fabri, Roker, etc.

Hay un factor importantísimo de la propaganda que se ha descuidado casi en absoluto: el folleto. Conciso, breve, cómodo, bien presentado, el folleto es formidable vehículo de las ideas que las transporta e introduce por todas partes.

Las revistas y libros son caros y escasos; el periódico, receptáculo de las inquietudes cotidianas, es flor de un día deshecho después de leído, el folleto se guarda, se transmite, perdura.

En todos los anarquistas perdura de manera sentida la impresión imperecedera que dejó en nosotros la lectura de un buen folleto y la influencia que tuvo en nuestra formación y desarrollo.

Es preciso llevar al ánimo de nuestros militantes y organizaciones, la importancia que para la propaganda y las ideas tiene la divulgación del folleto. Si a ello se dedica la atención que requiere, los resultados que obtendremos serán sorprendentes. La obra que en este sentido realizan los amigos de «Revista Blanca» y *Tierra y Libertad* es prometedora y meritoria.

Pero no bastan. A pesar de que por desconocer su alcance no se difunden los folletos como se merecen, las ediciones se agotan y es sintoma halagüeño que entre el oleaje de literatura rutilante y despreciable de los libros de lance no se encuentren un ejemplar libertario.

Hagamos una ligera demostración que ilustre sobre la importancia de lo que tratamos:

Si todos los sindicatos de Barcelona en época de normal funcionamiento dedicaran la insignificante cantidad de 25 pesetas semanales en la adquisición de folletos para la distribución gratuita, se reunirían unas 400 pesetas semanales que se convertirían en 4.000 folletos de 32 páginas y 18.000 cada mes, que bien distribuidos habría para invadir los sindicatos, los ateneos, los mítines, las reuniones, los barrios obreros y las obras, haciendo una verdadera siembra de ideales, buena parte de la cual daría sus frutos.

Heed extensiva esta obra a la región y a toda la península y podréis formáros una idea del alcance que tendría esta iniciativa que por ser de facilísima realización brindamos a todas las organizaciones de la C. N. T.

Existen infinidad de folletos, que en todos los tiempos resultan de palpante actualidad y que esperan ser editados. Muchos más pueden ser seleccionados de las obras de nuestros maestros.

Es probable que poco a poco podamos añadir que supere y engrandezca nuestras ideas, ya de una riqueza y amplitud sin límites, pero si algunos camaradas se destacan y pueden hacer aportaciones interesantes y dignas de que se difundan y perduren hemos de reorganizar, retribuirlos y editarlos, para ayuda y estímulo de ellos.

Se impone la edición de escritos sinceros que traten ampliamente los problemas de actualidad que agitan a España en la época tumultuosa que vivimos.

Por citar sólo algún caso, diremos que hay escritos recientemente publicados en la prensa por Alalz, Sanillán Fabri, Roker y otros, que podrían solicitarse y que reclaman ser editados lo antes posible. Y esta es una labor que no debe aplazarse. Hay otras tantas posibilidades para que se multipliquen las ediciones sin gran esfuerzo y se distribuyan los folletos a un centavero o dos milés.

JUANEL

Leed y propagad
"Tierra y Libertad"